

## NADAR EN EL TANGO, NADAR EN EL JAZZ, NADAR SIN AGUA

Julio Cortázar

La isla a mediodía y otros relatos

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: Bibliografía recomendada, Notas de lectura, Nadadores  
Fecha de Publicación: 04/09/2021  
Número de páginas: 20  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

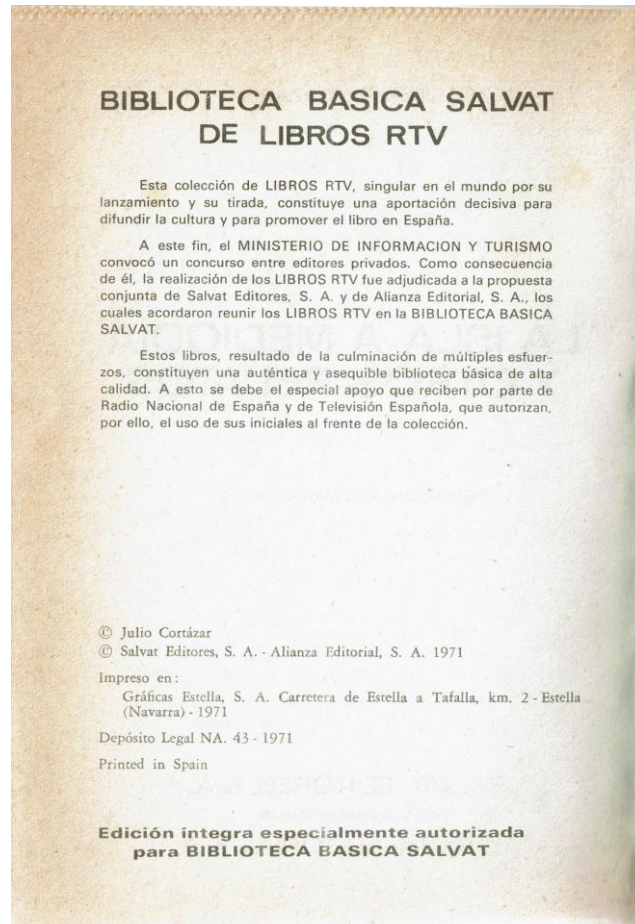
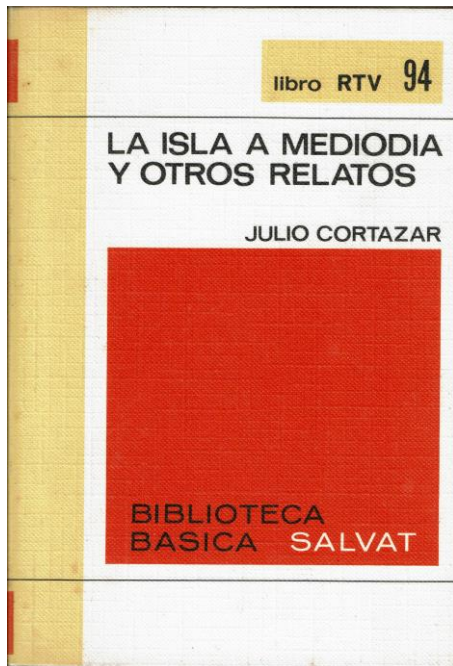
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del  
**Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias  
Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio  
Sola.

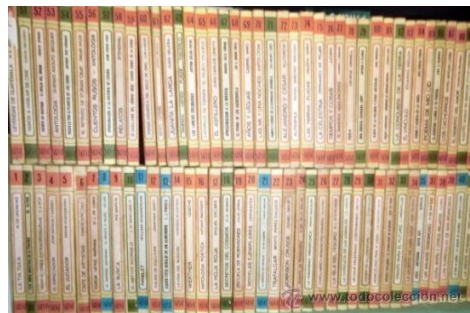
[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## Julio Cortázar: La isla a mediodía y otros relatos

1971, Biblioteca Básica Salvat de libros RTV, nº 94. Ed. Salvat-Alianza ed.



Entre 1969 y 1971 el ministerio de Información y Turismo franquista bajo la dirección de Fraga Iribarne convocó un concurso editorial para publicar una biblioteca básica de cien títulos que dio lugar a una colección muy famosa en el momento y popular – los libros costaban 25 pesetas, unos 0,15 Euros al cambio hoy – promocionada por la televisión pública y la radio nacional. Fueron altísimas las tiradas y con el tiempo el papel amarilleó bastante y se dejó ver la baja calidad de la encuadernación, pero sigue siendo un libro aún presente en mercadillos de libros de viejo y en muchas casas de familias españolas en todas las regiones y autonomías.



Entre los cien títulos, uno de los últimos, el 94, se dedicó a una selección de cuentos de Julio Cortázar. La selección la prologó Ana María Matute con un texto en el que se mostraba entusiasta de la literatura de este autor, y que reproducimos como una curiosidad literaria más de estos volúmenes singulares. He aquí el índice y el prólogo:

INDICE

	Págs.
Prólogo de Ana María Matute . . . . .	9
La isla a mediodía . . . . .	17
Carta a una señorita en París . . . . .	24
La noche boca arriba . . . . .	32
Circe . . . . .	40
La señorita Cora . . . . .	53
Instrucciones para John Howell . . . . .	71
Todos los fuegos el fuego . . . . .	83
La autopista del Sur . . . . .	94
Casa tomada . . . . .	115
Las puertas del cielo . . . . .	120
El otro cielo . . . . .	131
El perseguidor . . . . .	150

PROLOGO

*Algunas experiencias poco afortunadas me revelaron, con harta frecuencia, que la mayoría de esos seres a quienes desde lejos hicimos blanco de nuestra admiración, vistos de cerca, suelen inspirar reflexiones un tanto demoleadoras. A pesar de tan decepcionante conclusión, cuando lei por primera vez un volumen de cuentos de Julio Cortázar — se trataba, si mal no recuerdo, de Bestiario — rebulló en mí el antiguo deseo de conocer cuanto fuera posible de su autor: al fin y al cabo, él me había devuelto, tras una larga temporada de expectación y desánimo (que mucho se parecía a un prolongado bostezo), el gusto por las «lecturas literarias» (casi abandonadas). Pocas referencias sobre su vida y su persona me llegaron, aparte los lacónicos informes de solapa: «Escritor argentino, nacido en Bruselas — su padre era diplomático — en el año 1914. Actualmente reside en París...» Al fin, una vez más comprendí que poco podría añadir nadie a lo que no supiera encontrar en sus libros. «Los libros de Cortázar vuelven inmediatamente cómplice al lector...», lei en alguna parte. Cómplice me supe entonces, y cómplice sigo considerándome tras haberle, por fin, conocido personalmente: hace aproximadamente un mes, le vi por primera — y, hasta el momento, única — vez. Apenas entró en casa, agachado imperceptiblemente bajo el dintel de la puerta, distinguí de inmediato unos inconfundibles ojos verde lacustre de legítimo cronopio. ¡Qué gran alivio proporcionan estas raras comprobaciones!*

*Desde mi primer contacto con Bestiario, los libros de Julio Cortázar son mis compinches naturales. Vinieron luego a mis*

9

*manos, si la memoria no me falla. Final del juego, Las armas secretas, Los premios, Todos los fuegos el fuego, Rayuela, 62/Modelo para armar, Los Reyes. Muchas veces vuelvo sobre ellos: casi no necesito releerlos para escuchar atentamente el crujir de algunas páginas y llegar a percibir el eco de una carcajada innumerable, capaz de desencadenar idénticas explosiones en las más escondidas cuevas del ánimo del lector. Carcajadas que — lo comprendemos de improviso — permanecían reprimidas tan necia como injustamente. Probablemente se trata de una risa muy particular: tal vez dramática, incluso estremecedora. «Me apoyo en el humor — ha dicho Cortázar — para ir en busca del amor, entendiendo por esto último la más extrema sed antropológica.»*

*Cierto día en que me hallaba particularmente devastada, tuve la suerte de conseguir Historias de cronopios y de famas; busqué un rincón donde leer sin intrusiones y, apenas llegué a la última línea, supe que aquella lectura me había devuelto a un lugar donde, sin duda alguna, debía permanecer siempre. Un lugar del que, sin razón apreciable, me había — o me habían — desterrado. Una y otra vez volví sobre las páginas de las Historias... Las recorrí de norte a sur, de este a oeste, y viceversa. Descubrí — aunque reconocidos desde un remoto paraje de la memoria — nuevos puntos cardinales, capaces de abrir rumbos hacia inéditas rutas de especias, de rechazos y reencuentros. Rutas que acaso olvidé; o que, en el cansancio o el abandono, no supe desbrozar por mí misma. Recuerdo haberme sentido en aquel momento algo así como un ajado pulmón; un triste y fatigado fuelle, medio asfixiado por atmósferas viciadas, cretinas o feroces; una viscera mustia a la que, de improviso, se ofrece una vía de aire frío, exento de miasmas y aun de perfume alguno. En tan benéfica corriente — admito que a algunos pueda parecerle portadora de pulmonías — reconstruí, o recuperé, ese atropellado oficio que consiste, simplemente, en respirar. Oí hablar de corazones varados en una muerte incierta que, sometidos a una terapéutica tan simple como enérgica — en verdad, manipulándolos como a una bomba hidráulica —, se consigue volver a la vida. No pretendo dramatizar tal hecho, pero tengo la impresión de que algo muy parecido me ocurrió tras aquella lectura. Y estoy segura de que mi caso no es aislado, ni siquiera raro. Otros, al igual que yo, mantendremos una deuda con*

10

*las Historias de cronopios y su autor, casi me atrevería a decir que por vida. A la esparcida, pero indudable, fauna a que me adscribo le fue o es posible descifrar, tras la lectura de esas páginas, la razón de su torpe chocar contra paredes, seres u objetos; autoidentificarse, en fin, como una gama del mundo cronopio. Si esto ocurre, la niebla del lenguaje, los objetos dañinos, las criaturas y los paisajes — y aun los colores — regresan súbitamente a su lugar — que no es el que les destinó el Orden Establecido —. Una vez se comprenden estas cosas, la alegría cronopía puede llegar a inundar el mundo; incluso alzará dunas, dibujará costas o islas, paisajes por donde será posible el merodeo, y aun habitar en ellos, sin temor a que nos despierten, sobre las siete de la mañana — que es una hora execrable para abandonar el lecho —, con planos, proyectos, métodos y voces de mando. Si esto ocurre, ya nada importa que nos indiquen, entre sonrisas de conmiseración, el lugar exacto del Gran Mapa de Nuestro Deber, en que permanece enterrado — y a nuestra disposición — el tesoro que más nos conviene. Todas estas y otras muchas cosas, pierden todo relieve, se desmorona como espuma su dañina eficacia; y los colmillos del Orden Establecido resbalarán, inanes, sobre la piel verde del cronopio mundo.*

*Cosas tan extraordinarias permanecían ignoradas y ocultas antes de la lectura de Historias de cronopios y de famas. Después, la vida puede resultar más vivible. Y pueden también distinguirse claramente — así puede uno evitarlos o, lo que es lo mismo, no hacerles caso — jamas, esperanzas, gorilas y sus parientes más o menos cercanos. También puede recurrirse a los cronopios (y esto es, me parece, una de las mayores satisfacciones que nos son dadas en este mundo). No sólo representa un íntimo y exquisito regocijo, sino también una defensa, y de gran utilidad; en especial, cuando se anda descalzo por el mundo (o, por lo menos, cuando suele perderse de continuo una sandalia).*

*Todas estas divagaciones vienen a cuento a raíz de que yo haya aceptado, con gran alegría y escasa responsabilidad, escribir este prólogo. Prólogo que, en principio, debería destinarse a orientar al lector sobre la obra y personalidad de Julio Cortázar; a aquellos lectores que aún no le conocen. Es difícil, sin embargo, opinar sobre lo que, desde muy lejos, se nos antoja inscrito en la piel de nuestra propia y real natura-*

11

leza. Suele correrse entonces el peligro de confundirlo todo con las propias vicisitudes; y de todos son conocidos los estragos causados por semejantes extremos. Yo sé que esto no será jamás un verdadero prólogo al uso (ni creo que haya nadie esperando de mí una cosa semejante). Limitaré mis deseos a insinuar algunas advertencias, algún ruego. Ningún consejo: para ello tendría que haber nacido jama, y me sé poco calificada para el disfrute de tal condición. Cuando, entre otros, leyó varios de los cuentos que figuran en este volumen, el crítico francés Alain Rousquet dijo: «...uno queda seducido... a veces aterrorizado... Aquí se vive lo imposible, lo inverificable». Ruego, al lector que por primera vez se disponga a leer al que (según mi criterio) es el más importante novelista de nuestros días, que procure desprenderse de toda pretensión que incite a acomodarse en conocidos moldes o cánones más o menos preestablecidos, con destino al «cómo se debe leer correctamente» eso que dieron en llamar «literatura». Existen instrucciones al respecto, tan antigua y profusamente inculcadas en las mentes lectoras, que éstas, al tomar un libro, suelen proveerse de ellas tan maquinalmente como puedan hacerlo de gafas, lámparas o sillones adecuados. En el caso presente, no sería desdeñable un esfuerzo por parte del lector para despojarse de todo aprendizaje, regla, usos y costumbres en general. Mi ruego insiste en la circunstancia — que estimo útil — de que, para leer estos cuentos, el lector se desnude completamente. Como si fuera — pongo por ejemplo — a la pesca de alguna piedra muy ansiada (aunque poco cotizada en el mercado); esa piedra que acaso soñó y sabe medio sepultada en el verde más hondo de las radas: allí donde se puede abrir los ojos para ver bien, y llega a respirarse con bastante desahogo. Tampoco me parece superfluo insinuar, al lector aludido, la escasa utilidad de pertrchearse con armas y desafíos — como en alguna ocasión pude percibir en presuntos lectores de Cortázar —, y, de esta guisa, disponerse a leer este volumen, o cualquier otro del mismo autor, como quien va a una guerra, o a sofocar un incendio, o a detener una revolución — al menos, en el sentido en que comúnmente se tiene por tal —. Por mi parte, veo al lector — y me permito estas visiones porque forman parte de mi oficio — como un hombre que se dispone a conectar una estufa eléctrica, en espera de rodearse de un ambiente cálido y confor-

table; mas, al enchufar el aparato, con gesto maquinal y cotidiano, en lugar de sentirse lenta y suavemente envuelto en el apetecido confort, por el contrario, queda súbitamente amorado y convulso por una fuerte descarga eléctrica. Veo a este hombre vapuleado, ennegrecido y acaso humeante, pero muy sanamente advertido de la verdadera naturaleza de aquello que tan confiada como domésticamente creía conocer y aun dominar. Sin duda, desde ese momento recelará de muchas apariencias, reglamentos, teorías y aun folletos explicativos. El hombre de la estufa fulminadora y el hombre que tome el libro de Cortázar — resulta obvio que es el mismo hombre — experimentarán variadas reflexiones: desde la furibunda del que pateará la estufa o el libro — si fuerzas le quedan — hasta la del Gran Estupefacto, en el cual, en el rostro y la expresión, se marcarán las huellas indelebles de una vasta y enajenada sonrisa. Para llegar, por fin, al que contemple reflexivamente su dedo negro, su gemelo fundido o su piel en forma de caracol chamuscado: ése, imagino, no confundirá fácilmente las apariencias de la realidad con la realidad. Probablemente alcanzará esa liberación hermosa, ácida y un poco escalofriante que supone el encuentro consigo mismo, y la desvelación del mundo circundante; cosas que, en definitiva, conducen a idénticos resultados.

No creo que, conocidas mis pequeñas advertencias, ruegos y visiones, pueda extrañar al lector el hecho de que Cortázar sea uno de los escritores desencadenadores de las más considerables y furibundas polémicas. Ni el hecho de que su obra sea tan profusamente ensalzada como denostada; tan bobaliconamente contemplada de lejos — igual que los niños de los pueblos contemplan, boquiabiertos, el hundimiento de una casa o la explosión de una caldera — como taimadamente espiada tras raquíticos gemelos de teatro.

«No hago diferencia entre lo real y lo fantástico — dice Cortázar —. Para mí, lo fantástico procede siempre de lo cotidiano.» Supone un gran consuelo comprobar la escrupulosa coincidencia de tales afirmaciones con las convicciones que nos animan y confortan desde hace años. A quienes siempre nos pareció mucho más irreal e inexplicable — pongo por caso — un director de banco que el Trasgo del Sur — también pongo por caso —, nos es posible distinguir fácilmente, en todos y cada uno de los cuentos aquí reunidos, como lo distinguirá el

lector, el chispeante guiño de su autor. Es un guiño muy parecido al que define Cortázar cuando comenta (en ocasión de llevarse al cine su narración *Las babas del diablo*, que dio como resultado la versión más que libre de Antonioni, titulada *Blow-Up*): «...en un cine de Amsterdam pagué mi entrada como cualquiera de los holandeses allí reunidos, y en algún momento, en el rumor del follaje, cuando la cámara sube al cielo del parque y se ve temblar las hojas, sentí que Antonioni me guiñaba y que nos encontrábamos por encima y por debajo de las diferencias; cosas así son las alegrías de los cronopios, y el resto no tiene la menor importancia».

De toda la obra de Julio Cortázar alienta un exasperado deseo de llegar a desenmascarar la naturaleza humana. Cuando Cortázar abre portones o hace gemir los goznes de viejos y apesantados roperos, de severos bailes en penumbra, un tropel de pollitas escapan de aquellos entresijos y proclaman al mundo y al sol las rancias mentiras, la cochambre de los enmohecidos moldes, la atropellada, raída destrucción de sentenciosos rollos que pretenden contener, empaquetar y archivar tanto la vida como la literatura. El autor de estos relatos afirma que lo metafísico está al alcance de «cualquier mano capaz de entrar en la dimensión necesaria». Entre estas páginas, aguarda — o acaso acecha — la posibilidad de esa aventura, sencilla pero alucinante, y en verdad conmovedora. Alicia entró sin mayores problemas en el mundo del espejo; y no se tiene noticia de que antes leyera ningún manual con instrucciones al efecto.

Inútil me parece insistir en la apasionada diversidad de indignaciones y entusiasmos que despertó la novela *Rayuela*. Según algunos, este libro encarnaba la propuesta más insolente de antinovela que en el mundo ha sido, o podido ser. Para otros (y en el más elogioso de los sentidos), se considera que ocupa «un lugar escandaloso en la historia de la novela hispanoamericana». Cortázar bombardea y dinamita todos los estratos novelescos, por él definidos como «callejón sin salida al servicio de la Gran Infatuación idealista-realista-espiritualista-materialista del Occidente S.R.L.». El novelista mexicano Carlos Fuentes, por ejemplo, ve al autor de *Rayuela* como «último ángel despedazado de este paraíso y antiparaíso, sobrevolando sobre la ruina total. Entre las frondas de esas admiraciones, escándalos, necias sonrisas suficientes o incrédulos aspavientos, los jamas, gorilas, esperanzas, cronopios — y otra inacabable

gama de especies variopintas —, de cara al lector, me parece lo más útil y positivo remitirle a las propias palabras del autor que se dispone a leer (y que, a mi juicio, constituye el más importante novelista de nuestros días): «*Rayuela*, más que una experiencia literaria, ha sido para mucha gente un choque que podríamos llamar existencial; así, más que técnica o lingüísticamente, ha influido extraliterariamente, tal como se proponía el autor al escribir eso que se ha dado en llamar una antinovela...» El futuro de la novela, en general, importa a Cortázar «tres pitos» (sic). Únicamente le importa el futuro del hombre. Ante un niño asesinado en Vietnam, piensa, con Sartre, que ese cadáver es más importante que La náusea o que cualquier otro libro, por extraordinario que éste parezca. «Un escritor de verdad es aquel que tiende el arco a fondo mientras escribe, y después lo cuelga de un clavo y se va a tomar vino con los amigos. La flecha ya anda por el aire y se clavará o no se clavará en el blanco; sólo los imbéciles pueden pretender modificar su trayectoria o correr tras ella para darle empujoncitos suplementarios...»

Julio Cortázar — según propia definición — escribió *Rayuela* «...porque no podía bailarla, escupirla, clamarla, proyectarla como acción espiritual y física a través de algún inconcebible medio de comunicación...»

Verdaderamente: así, y no de otra manera, son las alegrías de los cronopios.

En cuanto a lo demás...

ANA MARÍA MATUTE

\*\*\*

## NADAR EN EL TANGO...

De la selección de cuentos o relatos cortos de Cortázar de este tomo de esta colección, hay dos breves muy clásicos que reproduciremos a continuación, “La isla a mediodía” que da título al libro, y “Casa tomada”, cuento misterioso, magistral y breve. Pero hay en dos de ellos, igualmente potentes, de alguna manera musicales, “Las puertas del cielo”, con el tango como especial protagonista, y “El perseguidor”, con el jazz centrándolo todo también, en los que aparecen Nadadores, o al menos la imagen o metáfora del nadador. Y por ello dignos de figurar en esta antología rara de Nadadores del Archivo de la frontera...

“Las puertas del cielo” es una historia de amor pasional entre Mauro y Celina, que se inicia con la noticia de la muerte de la mujer. Un amigo de ambos evoca ese amor de salas de tango y prostíbulos, pero un gran amor pasional, con maestría literaria:

Irse con Mario había sido un error. Lo aguantó porque lo quería y él la sacaba de la mugre de Kasidís, la promiscuidad y los vasitos de agua azucarada entre los primeros rodillazos y el aliento pesado de los clientes contra su cara, pero si no hubiera tenido que trabajar en las milongas a Celina le hubiera gustado quedarse. Se le veía en las caderas y en la boca, estaba armada para el tango, nacida de arriba abajo para la farra. Por eso era necesario que Mario la llevara a los bailes, yo la había visto transfigurarse al entrar con las primeras bocanadas de aire caliente y fuelles.  
(p. 127)

Y es en un local, el *Santa Fe*, en donde actúa Anita Lozano, al que han ido Mauro y su amigo el narrador tras la muerte de Celina, y en el que enseguida Mauro elige a una acompañante llamada Emma, en donde una muchacha que baila les hace recordar a los dos a Celina por su parecido en ese ambiente de “monstruos” de “milonga”. Es en el inicio de una canción de la Anita Lozano en donde surge el cuelgue:

[...] Anita Lozano anunció un tango viejo y hubo gritos y aplausos entre los monstruos, los tapes sobre todo que la favorecían sin distingos. Mauro no estaba tan curado como para olvidarse del todo, cuando la orquesta se abrió paso con un culebreo de los bandoneones, me miró de golpe, tenso y rígido, como acordándose. Yo me vi también en Racing, Mauro y Celina prendidos fuerte en ese tango que ella canturreó después toda la noche y en el taxi de vuelta.

-¿Lo bailamos? – dijo Emma, tragando su granadina con ruido.

Mauro ni la miraba. Me parece que fue en ese momento que los dos nos alcanzamos en lo más hondo. Ahora (ahora que escribo) no veo otra imagen que una de mis veinte años en Sportivo Barracas, tirarme a la pileta y encontrar

otro nadador en el fondo, tocar el fondo a la vez y entrevernos en el agua verde y acre. Mauro entró atrás la silla y se sostuvo con un codo en la mesa. Miraba igual que yo la pista, y Emma quedó perdida y humillada entre los dos, pero lo disimulaba comiendo papas fritas. Ahora Anita se ponía a cantar quebrado, las parejas bailaban casi sin salir de su sitio y se veía que escuchaban la letra con deseo y desdicha y todo el negado placer de la farra.

(p. 128)

Alucinación de alcohol, tango y humo, “hasta el aplauso de vidrios rotos que cerró el refrán de Anita, Celina de espaldas, Celina de perfil, otras parejas contra ellas y el humo”:

-¿Vos te fijaste? – dijo Mauro.

-Sí.

-¿Vos te fijaste cómo se parecía?

No le contesté, el alivio pesaba más que la lástima. Estaba de este lado, el pobre estaba de este lado y no alcanzaba ya a creer lo que habíamos sabido juntos. Lo vi levantarse y caminar por la pista con paso de borracho, buscando a la mujer que se parecía a Celina. Yo me estuve quieto, fumándome un rubio sin apuro, mirándolo ir y venir sabiendo que perdía su tiempo, que volvería agobiado y sediento sin haber encontrado las puertas del cielo entre ese humo y esa gente.

Es la chicuelina final del cuento de tango y milonga de Cortázar, pleno de ruda añoranza de noches pobladas por “monstruos” en atmósferas de erotismo y humo a la vez inasibles e inolvidables; sueños de juventud perdida.

## NADAR EN EL JAZZ, NADAR SIN AGUA

Johnny, el saxofonista genial, y Bruno, crítico y su biógrafo a punto de sacar a la luz un libro sobre él, coinciden en París, en momentos bajos para el músico tanto de salud como de ánimo y dinero; ambos pasean por la noche de vuelta al hotel y Bruno espera ansioso un juicio del músico sobre su libro, que sabe que ha leído en galeradas que le pasó una tal Art, en el que intenta racionalizar, de alguna manera, su tensión creadora como músico genial pero lleno de fantasmas fruto de amantes muertas o desaparecidas de su vida, abusos de alcohol y drogas o pesadillas reiteradas en torno al tiempo, como un campo de urnas que le ha contado recientemente... Y es en esa conversación de paseo nocturno donde surge, de nuevo en relación con la música, esta vez de jazz, una metáfora de natación como posible respuesta a la angustia creativa de un músico genial.

-Vamos por aquí. Te llevaré al hotel en taxi-

-Eres la mar de bueno, Bruno – se burla Johnny -. El compañero Bruno anota en su libreta todo lo que uno le dice, salvo las cosas importantes. Nunca creí que pudieras equivocarte tanto hasta que Art me pasó el libro.

Al principio me pareció que hablabas de algún otro, de Ronnie o de Marcel, y después Johnny de aquí y Johnny de allá, es decir que se trataba de mí y yo me preguntaba ¿pero este soy yo?, y dale conmigo en Baltimore, y el *Birdland*, y que mi estilo... Oye – agrega casi fríamente –, no es que no me dé cuenta de que has escrito un libro para el público. Está muy bien y todo lo que dices sobre mi manera de tocar y de sentir el jazz me parece perfectamente O.K. ¿Para qué vamos a seguir discutiendo sobre el libro? Una basura en el Sena, esa paja que flota al lado del muelle, tu libro. Y yo esa otra paja, y tú esa botella que pasa por ahí cabeceando. Bruno, yo me voy a morir sin haber encontrado... sin...

Lo sostengo por debajo de los brazos, lo apoyo en el pretil del muelle. Se está hundiendo en el delirio de siempre, murmura pedazos de palabras, escupe...

-Sin haber encontrado – repite –. Sin haber encontrado...

-¿Qué querías encontrar, hermano? – le digo –. No hay que pedir imposibles, lo que tú has encontrado bastaría para...

-Para ti, ya sé – dice rencorosamente Johnny –. Para Art, para Dedée, para Lam... No sabes cómo... Sí, a veces la puerta ha empezado a abrirse... Mira las dos pajas, se han encontrado, están bailando una frente a la otra... Es bonito, eh... Ha empezado a abrirse... El tiempo... yo te he dicho, me parece, que eso del tiempo... Bruno, toda mi vida he buscado en mi música que esa puerta se abriera al fin. Una nada, una rajita... Me acuerdo en Nueva York, una noche... Un vestido rojo. Sí, rojo, y le quedaba precioso. Bueno, una noche estábamos con Miles y Hal... llevábamos yo creo que una hora dándole a lo mismo, solos, tan felices... Miles tocó algo tan hermoso que casi me tira de la silla, y entonces me largué, cerré los ojos, volaba. Bruno, te juro que volaba... Me oía como si desde un sitio lejanísimo pero dentro de mí mismo, al lado de mí mismo, alguien estuviera de pie... No exactamente alguien... Mira la botella, es increíble cómo cabecea... No era alguien, uno busca comparaciones... Era la seguridad, el encuentro, como en algunos sueños, ¿no te parece?, cuando todo está resuelto. Lan y las chicas te esperan con un pavo al horno, en el auto no atrapas ninguna luz roja, todo va dulce como una bola de billar. Y lo que había a mi lado era como yo mismo pero sin ocupar ningún sitio, sin estar en Nueva York, y sobre todo sin tiempo, sin que después... sin que hubiera después... Por un rato no hubo más que siempre... Y yo no sabía que era mentira, que eso ocurría porque estaba perdido en la música, y que apenas acabara de tocar, porque al fin y al cabo alguna vez tenía que dejar que el pobre Hal se quitara las ganas en el piano, en ese mismo instante me caería de cabeza en mí mismo...

Llora dulcemente, se frota los ojos con sus manos sucias. Yo ya no sé qué hacer, es tan tarde, del río sube la humedad, nos vamos a resfriar los dos.

-Me parece que he querido nadar sin agua – murmura Johnny –.  
Me parece que he querido tener el vestido rojo de Lan pero sin Lan.  
Y Bee está muerta, Bruno. Yo creo que tú tienes razón,  
que tu libro está muy bien.

-Vamos, Johnny, no pienso ofenderme por lo que le encuentres de malo.

-No es eso, tu libro está bien porque... porque no tiene urnas, Bruno.  
Es como lo que toca Satchmo, tan limpio, tan puro. ¿A ti no te parece  
que lo que toca Satchmo es como un cumpleaños o una buena acción?  
Nosotros... Te digo que he querido nadar sin agua.  
Me pareció... pero hay que ser idiota... me pareció que un día  
iba a encontrar otra cosa. No estaba satisfecho, pensaba que las cosas buenas,  
el vestido rojo de Lan, y hasta Bee, eran como trampas para ratones,  
no sé explicarme de otra manera... Trampas para que uno se conforme, sabes,  
para que uno diga que todo está bien. Bruno, yo creo que Lan y el jazz,  
sí, hasta el jazz, eran como anuncios en una revista, cosas bonitas  
para que me quedara conforme como te quedas tú porque tienes París  
y tu mujer y tu trabajo... Yo tenía mi saxo... y mi sexo, como dice tu libro.  
Todo lo que hacía falta. Trampas, querido... porque no puede ser  
que estemos tan cerca, tan del otro lado de la puerta...  
(pp. 192-193).

Estos monólogos del saxofonista de jazz, con frases incompletas por la dificultad de expresarse, por el ansia de captación del todo, por la angustia o añoranza de ese instante eterno o eternidad del instante, mejor, que capta en algunos momentos de éxtasis musical, algo inasible y difícil de explicar es lo que, en un tiempo anterior, Johnny había relacionado con un dios diferente al de Bruno y le acusaba precisamente de haberle relacionado con ese dios suyo en su biografía:

-Está lo que tú y los que son como mi compañero Bruno llaman Dios.  
El tubo de dentífrico por la mañana, a eso le llaman Dios.  
El tacho de basura, a eso lo llaman Dios. El miedo a reventar, a eso  
le llaman Dios. Y has tenido la desvergüenza de mezclarme con esa porquería,  
has escrito que mi infancia, y mi familia, y no sé qué herencias ancestrales...  
Un montón de huevos podridos y tú cacareando en el medio, muy contento  
con tu Dios. No quiero tu Dios, no ha sido nunca el mío.  
(p. 191).

Como remate final del largo monólogo del saxofonista Johnny a la orilla del Sena, de vuelta al hotel, retoma esa protesta anterior sobre la divinidad posible como remate final, ante el nerviosismo y la exasperación de Bruno.

-Sobre todo no acepto a tu Dios –murmura Johnny –. No me vengas con eso,  
no lo permito. Y si realmente está del otro lado de la puerta, maldito si me importa.  
No tiene ningún mérito pasar al otro lado porque él te abra la puerta.  
Desfondarla a patadas, eso sí. Romperla a puñetazos, eyacular contra la puerta,  
mear un día entero contra la puerta. Aquella vez en Nueva York



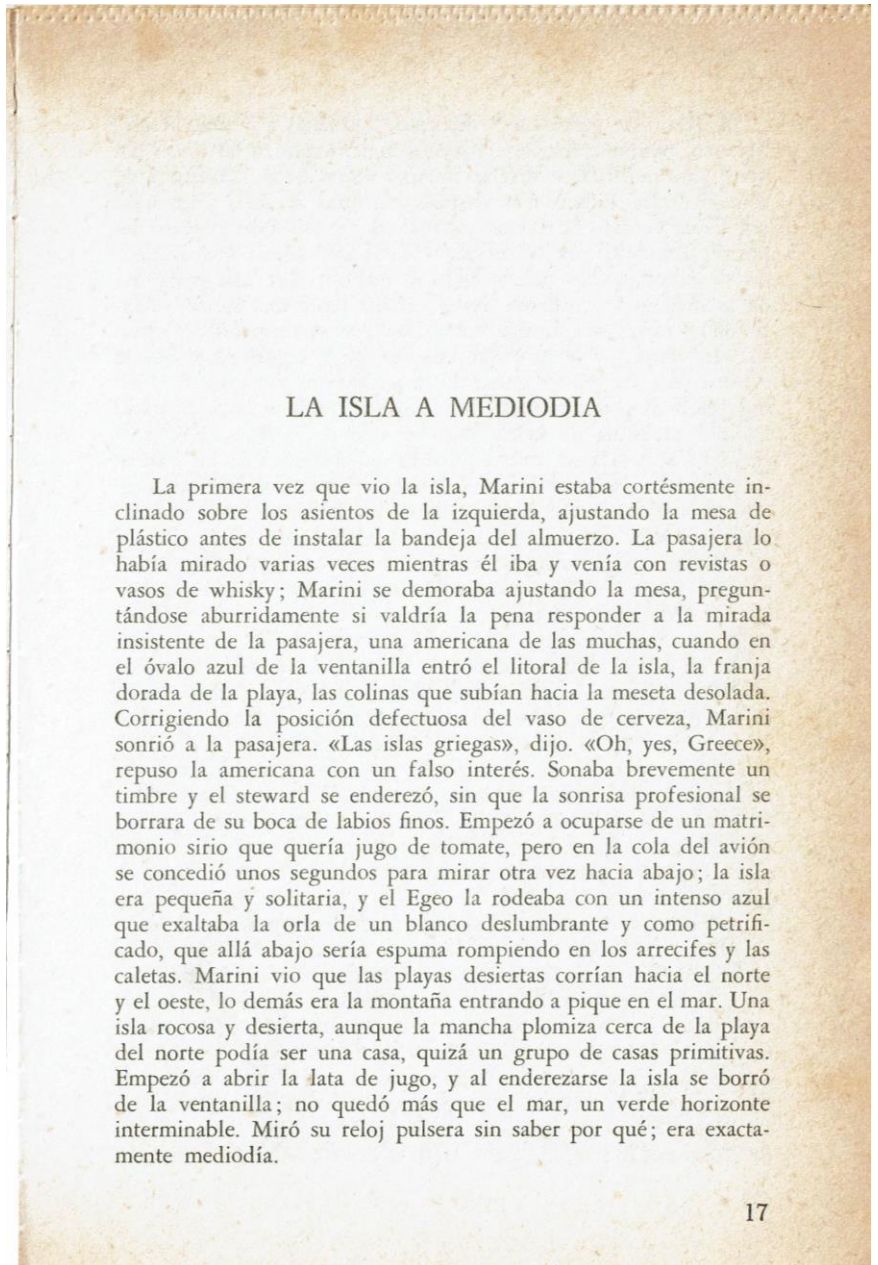
yo creo que abrí la puerta con mi música, hasta que tuve que parar y entonces el maldito me la cerró en la cara nada más que porque no le he rezado nunca, porque no le voy a rezar nunca, porque no quiero saber nada con ese portero de librea, ese abridor de puertas a cambio de una propina, ese...

Pobre Johnny, después se queja de que uno no ponga esas cosas en un libro. Las tres de la madrugada, madre mía.

Y ese era el final del monólogo jazzístico de ese Nadador sin Agua que se consideraba el saxofonista genial Johnny en el arranque de la última etapa de su vida, poco antes de su muerte en Nueva York... Recogido por su biógrafo Bruno, encantado con el éxito de la biografía de su admirado y desdichado amigo. Ley de la vida, ley del jazz, final de "El perseguidor".

\*\*\*

Finalmente, dos cuentos breves de la selección. En primer lugar, el que da título al libro. Ampliamos la página bastante para suplir otra de las deficiencias de la vieja colección, una tipografía muy ajustada y por ello molesta para leer en alguno de los libros, como en este en concreto:



### LA ISLA A MEDIODIA

La primera vez que vio la isla, Marini estaba cortésmente inclinado sobre los asientos de la izquierda, ajustando la mesa de plástico antes de instalar la bandeja del almuerzo. La pasajera lo había mirado varias veces mientras él iba y venía con revistas o vasos de whisky; Marini se demoraba ajustando la mesa, preguntándose aburridamente si valdría la pena responder a la mirada insistente de la pasajera, una americana de las muchas, cuando en el óvalo azul de la ventanilla entró el litoral de la isla, la franja dorada de la playa, las colinas que subían hacia la meseta desolada. Corrigiendo la posición defectuosa del vaso de cerveza, Marini sonrió a la pasajera. «Las islas griegas», dijo. «Oh, yes, Greece», repuso la americana con un falso interés. Sonaba brevemente un timbre y el steward se enderezó, sin que la sonrisa profesional se borrara de su boca de labios finos. Empezó a ocuparse de un matrimonio sirio que quería jugo de tomate, pero en la cola del avión se concedió unos segundos para mirar otra vez hacia abajo; la isla era pequeña y solitaria, y el Egeo la rodeaba con un intenso azul que exaltaba la orla de un blanco deslumbrante y como petrificado, que allá abajo sería espuma rompiendo en los arrecifes y las caletas. Marini vio que las playas desiertas corrían hacia el norte y el oeste, lo demás era la montaña entrando a pique en el mar. Una isla rocosa y desierta, aunque la mancha plumiza cerca de la playa del norte podía ser una casa, quizá un grupo de casas primitivas. Empezó a abrir la lata de jugo, y al enderezarse la isla se borró de la ventanilla; no quedó más que el mar, un verde horizonte interminable. Miró su reloj pulsera sin saber por qué; era exactamente mediodía.

A Marini le gustó que lo hubieran destinado a la línea Roma-Teherán, porque el pasaje era menos lúgubre que en las líneas del norte y las muchachas parecían siempre felices de ir a Oriente o de conocer Italia. Cuatro días después, mientras ayudaba a un niño que había perdido la cuchara y mostraba desconsolado el plato del postre, descubrió otra vez el borde de la isla. Había una diferencia de ocho minutos pero cuando se inclinó sobre una ventanilla de la cola no le quedaron dudas; la isla tenía una forma inconfundible, como una tortuga que sacara apenas las patas del agua. La miró hasta que lo llamaron, esta vez con la seguridad de que la mancha plomiza era un grupo de casas; alcanzó a distinguir el dibujo de unos pocos campos cultivados que llegaban hasta la playa. Durante la escala de Beirut miró el atlas de la stewardess, y se preguntó si la isla no sería Horos. El radiotelegrafista, un francés indiferente, se sorprendió de su interés. «Todas esas islas se parecen, hace dos años que hago la línea y me importan muy poco. Sí, muéstramela la próxima vez.» No era Horos sino Xiros, una de las muchas islas al margen de los circuitos turísticos. «No durará ni cinco años», le dijo la stewardess mientras bebían una copa en Roma. «Apúrate si piensas ir, las hordas estarán allí en cualquier momento, Gengis Cook vela.» Pero Marini siguió pensando en la isla, mirándola cuando se acordaba o había una ventanilla cerca, casi siempre encogiéndose de hombros al final. Nada de eso tenía sentido, volar tres veces por semana a mediodía sobre Xiros era tan irreal como soñar tres veces por semana que volaba a mediodía sobre Xiros. Todo estaba falseado en la visión inútil y recurrente; salvo, quizá, el deseo de repetirla, la consulta al reloj pulsera antes de mediodía, el breve, punzante contacto con la deslumbradora franja blanca al borde de un azul casi negro, y las casas donde los pescadores alzarían apenas los ojos para seguir el paso de esa otra irrealidad.

Ocho o nueve semanas después, cuando le propusieron la línea de Nueva York con todas sus ventajas, Marini se dijo que era la oportunidad de acabar con esa manía inocente y fastidiosa. Tenía en el bolsillo el libro donde un vago geógrafo de nombre levantino daba sobre Xiros más detalles que los habituales en las guías. Contestó negativamente, oyéndose como desde lejos, y después de sortear la sorpresa escandalizada de un jefe y dos secretarías se fue a comer a la cantina de la compañía donde lo esperaba Carla. La desconcertada decepción de Carla no lo inquietó; la costa sur de Xiros era inhabitable pero hacia el oeste quedaban huellas de

una colonia lidia o quizá cretomicénica, y el profesor Goldmann había encontrado dos piedras talladas con jeroglíficos que los pescadores empleaban como pilotes del pequeño muelle. A Carla le dolía la cabeza y se marchó en seguida; los pulpos eran el recurso principal del puñado de habitantes, cada cinco días llegaba un barco para cargar la pesca y dejar algunas provisiones y géneros. En la agencia de viajes le dijeron que habría de fletar un barco especial desde Rynos, o quizá se pudiera viajar en la falúa que recogía los pulpos, pero esto último lo sabría Marini en Rynos donde la agencia no tenía corresponsal. De todas maneras la idea de pasar unos días en la isla no era más que un plan para las vacaciones de junio; en las semanas que siguieron hubo que reemplazar a White en la línea de Túnez, y después empezó una huelga y Carla se volvió a casa de sus hermanas en Palermo. Marini fue a vivir a un hotel cerca de Piazza Navona, donde había librerías de viejo; se entretenía sin muchas ganas en buscar libros sobre Grecia, hojeaba de a ratos un manual de conversación. Le hizo gracia la palabra *kalimera* y la ensayó en un cabaret con una chica pelirroja, se acostó con ella, supo de su abuelo en Odos y de unos dolores de garganta inexplicables. En Roma empezó a llover, en Beirut lo esperaba siempre Tania, había otras historias, siempre parientes o dolores; un día fue otra vez la línea de Teherán, la isla a mediodía. Marini se quedó tanto tiempo pegado a la ventanilla que la nueva stewardess lo trató de mal compañero y le hizo la cuenta de las bandejas que llevaba servidas. Esa noche Marini invitó a la stewardess a comer en el Firouz y no le costó que le perdonaran la distracción de la mañana. Lucía le aconsejó que se hiciera cortar el pelo a la americana; él le habló un rato de Xiros, pero después comprendió que ella prefería el vodka-lime del Hilton. El tiempo se iba en cosas así, en infinitas bandejas de comida, cada una con la sonrisa a la que tenía derecho el pasajero. En los viajes de vuelta el avión sobrevolaba Xiros a las ocho de la mañana; el sol daba contra las ventanillas de babor y dejaba apenas entrever la tortuga dorada; Marini prefería esperar los mediodías del vuelo de ida, sabiendo que entonces podía quedarse un largo minuto contra la ventanilla mientras Lucía (y después Felisa) se ocupaba un poco irónicamente del trabajo. Una vez sacó una foto de Xiros pero le salió borrosa; ya sabía algunas cosas de la isla, había subrayado las raras menciones en un par de libros. Felisa le contó que los pilotos lo llamaban el loco de la isla, y no le molestó. Carla acababa de escribirle que había decidido no tener el niño, y Marini

le envió dos sueldos y pensó que el resto no le alcanzaría para las vacaciones. Carla aceptó el dinero y le hizo saber por una amiga que probablemente se casaría con el dentista de Treviso. Todo tenía tan poca importancia a mediodía, los lunes y los jueves y los sábados (dos veces por mes, el domingo).

Con el tiempo fue dándose cuenta de que Felisa era la única que lo comprendía un poco; había un acuerdo tácito para que ella se ocupara del pasaje a mediodía, apenas él se instalaba junto a la ventanilla de la cola. La isla era visible unos pocos minutos, pero el aire estaba siempre tan limpio y el mar la recortaba con una crueldad tan minuciosa que los más pequeños detalles se iban ajustando implacables al recuerdo del pasaje anterior: la mancha verde del promontorio del norte, las casas plomizas, las redes secándose en la arena. Cuando faltaban las redes Marini lo sentía como un empobrecimiento, casi un insulto. Pensó en filmar el paso de la isla, para repetir la imagen en el hotel, pero prefirió ahorrar el dinero de la cámara ya que apenas le faltaba un mes para las vacaciones. No llevaba demasiado la cuenta de los días; a veces era Tania en Beirut, a veces Felisa en Teherán, casi siempre su hermano menor en Roma, todo un poco borroso, amablemente fácil y cordial y como reemplazando otra cosa, llenando las horas antes o después del vuelo, y en el vuelo todo era también borroso y fácil y estúpido hasta la hora de ir a inclinarse sobre la ventanilla de la cola, sentir el frío cristal como un límite del acuario donde lentamente se movía la tortuga dorada en el espeso azul.

Ese día las redes se dibujaban precisas en la arena, y Marini hubiera jurado que el punto negro a la izquierda, al borde del mar, era un pescador que debía estar mirando el avión. «Kalimera», pensó absurdamente. Ya no tenía sentido esperar más, Mario Merolis le prestaría el dinero que le faltaba para el viaje, en menos de tres días estaría en Xiros. Con los labios pegados al vidrio, sonrió pensando que treparía hasta la mancha verde, que entraría desnudo en el mar de las caletas del norte, que pescaría pulpos con los hombres, entendiéndose por señas y risas. Nada era difícil una vez decidido, un tren nocturno, un primer barco, otro barco viejo y sucio, la escala en Rynos, la negación interminable con el capitán de la falúa, la noche en el puente, pegado a las estrellas, el sabor del anís y del carnero, el amanecer entre las islas. Desembarcó con las primeras luces, y el capitán lo presentó a un viejo que debía ser el patriarca. Klaios le tomó la mano izquierda y habló lentamente, mirándolo en los ojos. Vinieron dos muchachos

y Marini entendió que eran los hijos de Klaios. El capitán de la falúa agotaba su inglés: veinte habitantes, pulpos, pesca, cinco casas, italiano visitante pagaría alojamiento Klaios. Los muchachos rieron cuando Klaios discutió dracmas; también Marini, ya amigo de los más jóvenes, mirando salir el sol sobre un mar menos oscuro que desde el aire, una habitación pobre y limpia; un jarro de agua, olor a salvia y a piel curtida.

Lo dejaron solo para irse a cargar la falúa, y después de quitarse a manotazos la ropa de viaje y ponerse un pantalón de baño y unas sandalias, echó a andar por la isla. Aún no se veía a nadie, el sol cobraba lentamente impulso y de los matorrales crecía un olor sutil, un poco ácido, mezclado con el yodo del viento. Debían ser las diez cuando llegó al promontorio del norte y recobró la mayor de las caletas. Prefería estar solo aunque le hubiera gustado más bañarse en la playa de arena; la isla lo invadía y lo gozaba con una tal intimidad que no era capaz de pensar o de elegir. La piel le quemaba de sol y de viento cuando se desnudó para tirarse al mar desde una roca; el agua estaba fría y le hizo bien, se dejó llevar por las corrientes insidiosas hasta la entrada de una gruta, volvió mar afuera, se abandonó de espaldas, lo aceptó todo en un solo acto de conciliación que era también un nombre para el futuro. Supo sin la menor duda que no se iría de la isla, que de alguna manera iba a quedarse para siempre en la isla. Alcanzó a imaginar a su hermano, a Felisa, sus caras cuando supieran que se había quedado a vivir de la pesca en un peñón solitario. Ya los había olvidado cuando giró sobre sí mismo para nadar hacia la orilla.

El sol lo secó en seguida, bajó hacia las casas donde dos mujeres lo miraron asombradas antes de correr a encerrarse. Hizo un saludo en el vacío y bajó hacia las redes. Uno de los hijos de Klaios lo esperaba en la playa, y Marini le señaló el mar, invitándolo. El muchacho vaciló, mostrando sus pantalones de tela y su camisa roja. Después fue corriendo hacia una de las casas, volvió casi desnudo; se tiraron juntos a un mar ya tibio, deslumbrante bajo el sol de las once.

Secándose en la arena, Ionas empezó a nombrar las cosas. «Kallimera», dijo Marini, y el muchacho rió hasta doblarse en dos. Después Marini repitió las frases nuevas, enseñó palabras italianas a Ionas. Casi en el horizonte, la falúa se iba empequeñeciendo; Marini sintió que ahora estaba realmente solo en la isla con Klaios y los suyos. Dejaría pasar unos días, pagaría su habitación y aprendería a pescar; alguna tarde, cuando ya lo conocieran bien, les

hablaría de quedarse y de trabajar con ellos. Levantándose, tendió la mano a Ionas y echó a andar lentamente hacia la colina. La cuesta era escarpada y trepó saboreando cada alto, volviéndose una y otra vez para mirar las redes en la playa, las siluetas de las mujeres que hablaban animadamente con Ionas y con Klaios y lo miraban de reojo, riendo. Cuando llegó a la mancha verde entró en un mundo donde el olor del tomillo y de la salvia era una misma materia con el fuego del sol y la brisa del mar. Marini miró su reloj pulsera y después, con un gesto de impaciencia, lo arrancó de la muñeca y lo guardó en el bolsillo del pantalón de baño. No sería fácil matar al hombre viejo, pero allí en lo alto, tenso de sol y de espacio, sintió que la empresa era posible. Estaba en Xiros, estaba allí donde tantas veces había dudado que pudiera llegar alguna vez. Se dejó caer de espaldas entre las piedras calientes, resistió sus aristas y sus lomos encendidos, y miró verticalmente el cielo; lejanamente le llegó el zumbido de un motor.

Cerrando los ojos se dijo que no miraría el avión, que no se dejaría contaminar por lo peor de sí mismo que una vez más iba a pasar sobre la isla. Pero en la penumbra de los párpados imaginó a Felisa con las bandejas, en ese mismo instante distribuyendo las bandejas, y su reemplazante, tal vez Giorgio o alguno nuevo de otra línea, alguien que también estaría sonriendo mientras alcanzaba las botellas de vino o el café. Incapaz de luchar contra tanto pasado abrió los ojos y se enderezó, y en el mismo momento vio el ala derecha del avión, casi sobre su cabeza, inclinándose inexplicablemente, el cambio de sonido de las turbinas, la caída casi vertical sobre el mar. Bajó a toda carrera por la colina, golpeándose en las rocas y desgarrándose un brazo entre las espinas. La isla le ocultaba el lugar de la caída, pero torció antes de llegar a la playa y por un atajo previsible franqueó la primera estribación de la colina y salió a la playa más pequeña. La cola del avión se hundía a unos cien metros, en un silencio total. Marini tomó impulso y se lanzó al agua, esperando todavía que el avión volviera a flotar; pero no se veía más que la blanca línea de las olas, una caja de cartón oscilando absurdamente cerca del lugar de la caída, y casi al final, cuando ya no tenía sentido seguir nadando, una mano fuera del agua, apenas un instante, el tiempo para que Marini cambiara de rumbo y se zambullera hasta atrapar por el pelo al hombre que luchó por aferrarse a él y tragó roncamente el aire que Marini le dejaba respirar sin acercarse demasiado. Remolcándolo poco a poco lo trajo hasta la orilla, tomó en brazos el cuerpo

vestido de blanco, y tendiéndolo en la arena miró la cara llena de espuma donde la muerte estaba ya instalada, sangrando por una enorme herida en la garganta. De qué podía servir la respiración artificial si con cada convulsión la herida parecía abrirse un poco más y era como una boca repugnante que llamaba a Marini, lo arrancaba a su pequeña felicidad de tan pocas horas en la isla, le gritaba entre borbotones algo que él ya no era capaz de oír. A toda carrera venían los hijos de Klaios y más atrás las mujeres. Cuando llegó Klaios, los muchachos rodeaban el cuerpo tendido en la arena, sin comprender cómo había tenido fuerzas para nadar a la orilla y arrastrarse desangrándose hasta ahí. «Ciérrale los ojos», pidió llorando una de las mujeres. Klaios miró hacia el mar, buscando algún otro superviviente. Pero como siempre estaban solos en la isla, y el cadáver de ojos abiertos era lo único nuevo entre ellos y el mar.

Finalmente, uno de los más recordados cuentos cortazianos...

## CASA TOMADA

Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales) guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia.

Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella, lo que era una locura pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse. Hacíamos la limpieza por la mañana, levantándonos a las siete, y a eso de las once yo le dejaba a Irene las últimas habitaciones por repasar y me iba a la cocina. Almorzábamos a mediodía, siempre puntuales; ya no quedaba nada por hacer fuera de unos pocos platos sucios. Nos resultaba grato almorzar pensando en la casa profunda y silenciosa y cómo nos bastábamos para mantenerla limpia. A veces llegamos a creer que era ella la que no nos dejó casarnos. Irene rechazó dos pretendientes sin mayor motivo, a mí se me murió María Esther antes que llegáramos a comprometernos. Entramos en los cuarenta años con la inexpresada idea de que el nuestro, simple y silencioso matrimonio de hermanos, era necesaria clausura de la genealogía asentada por los bisabuelos en nuestra casa. Nos moriríamos allí algún día, vagos y esquivos primos se quedarían con la casa y la echarían al suelo para enriquecerse con el terreno y los ladrillos; o mejor, nosotros mismos la voltearíamos justicieramente antes de que fuese demasiado tarde.

Irene era una chica nacida para no molestar a nadie. Aparte de su actividad matinal se pasaba el resto del día tejiendo en el sofá de su dormitorio. No sé por qué tejía tanto, yo creo que las mujeres tejen cuando han encontrado en esa labor el gran pretexto para no hacer nada. Irene no era así, tejía cosas siempre necesarias,



tricotas para el invierno, medias para mí, mañanitas y chalecos para ella. A veces tejía un chaleco y después lo destejía en un momento porque algo no le agradaba; era gracioso ver en la canastilla el montón de lana encrespada resistiéndose a perder su forma de algunas horas. Los sábados iba yo al centro a comprarle lana; Irene tenía fe en mi gusto, se complacía con los colores y nunca tuve que devolver madejas. Yo aprovechaba esas salidas para dar una vuelta por las librerías y preguntar vanamente si había novedades en literatura francesa. Desde 1939 no llegaba nada valioso a la Argentina.

Pero es de la casa que me interesa hablar, de la casa y de Irene, porque yo no tengo importancia. Me pregunto qué hubiera hecho Irene sin el tejido. Uno puede releer un libro, pero cuando un pulóver está terminado no se puede repetirlo sin escándalo. Un día encontré el cajón de abajo de la cómoda de alcanfor lleno de pañoletas blancas, verdes, lila. Estaban con naftalina, apiladas como en una mercería; no tuve valor de preguntarle a Irene qué pensaba hacer con ellas. No necesitábamos ganarnos la vida, todos los meses llegaba la plata de los campos y el dinero aumentaba. Pero a Irene solamente la entretenía el tejido, mostraba una destreza maravillosa y a mí se me iban las horas viéndole las manos como erizos plateados, agujas yendo y viniendo y una o dos canastillas en el suelo donde se agitaban constantemente los ovillos. Era hermoso.

Cómo no acordarme de la distribución de la casa. El comedor, una sala con gobelinos, la biblioteca y tres dormitorios grandes quedaban en la parte más retirada, la que mira hacia Rodríguez Peña. Solamente un pasillo con su maciza puerta de roble aislaba esa parte del ala delantera donde había un baño, la cocina, nuestros dormitorios y el living central, al cual comunicaban los dormitorios y el pasillo. Se entraba a la casa por un zaguán con mayólica, y la puerta cancel daba al living. De manera que uno entraba por el zaguán, abría la cancel y pasaba al living; tenía a los lados las puertas de nuestros dormitorios, y al frente el pasillo que conducía a la parte más retirada; avanzando por el pasillo se franqueaba la puerta de roble y más allá empezaba el otro lado de la casa, o bien se podía girar a la izquierda justamente antes de la puerta y seguir por un pasillo más estrecho que llevaba a la cocina y al baño. Cuando la puerta estaba abierta advertía uno que la casa era muy grande; si no, daba la impresión de un departamento

de los que se edifican ahora, apenas para moverse; Irene y yo vivíamos siempre en esta parte de la casa, casi nunca íbamos más allá de la puerta de roble, salvo para hacer la limpieza, pues es increíble cómo se junta tierra en los muebles. Buenos Aires será una ciudad limpia, pero eso lo debe a sus habitantes y no a otra cosa. Hay demasiada tierra en el aire, apenas sopla una ráfaga se palpa el polvo en los mármoles de las consolas y entre los rombos de las carpetas de macramé; da trabajo sacarlo bien con plumero, vuela y se suspende en el aire, un momento después se deposita de nuevo en los muebles y los pianos.

Lo recordaré siempre con claridad porque fue simple y sin circunstancias inútiles. Irene estaba tejiendo en su dormitorio, eran las ocho de la noche y de repente se me ocurrió poner al fuego la pavita del mate. Fui por el pasillo hasta enfrentar la entornada puerta de roble, y daba la vuelta al codo que llevaba a la cocina cuando escuché algo en el comedor o la biblioteca. El sonido venía impreciso y sordo, como un volcarse de silla sobre la alfombra o un ahogado susurro de conversación. También lo oí, al mismo tiempo o un segundo después, en el fondo del pasillo que traía desde aquellas piezas hasta la puerta. Me tiré contra la puerta antes de que fuera demasiado tarde, la cerré de golpe apoyando el cuerpo; felizmente la llave estaba puesta de nuestro lado y además corrí el gran cerrojo para más seguridad.

Fui a la cocina, calenté la pavita, y cuando estuve de vuelta con la bandeja del mate le dije a Irene:

—Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado la parte del fondo.

Dejó caer el tejido y me miró con sus graves ojos cansados.

—¿Estás seguro?

Asentí.

—Entonces —dijo recogiendo las agujas— tendremos que vivir en este lado.

Yo cebaba el mate con mucho cuidado, pero ella tardó un rato en reanudar su labor. Me acuerdo que tejía un chaleco gris; a mí me gustaba ese chaleco.

Los primeros días nos pareció penoso porque ambos habíamos dejado en la parte tomada muchas cosas que queríamos. Mis libros de literatura francesa, por ejemplo, estaban todos en la biblioteca. Irene extrañaba unas carpetas, un par de pantuflas que tanto la

abrigaban en invierno. Yo sentía mi pipa de enebro y creo que Irene pensó en una botella de Hesperidina de muchos años. Con frecuencia (pero esto solamente sucedió los primeros días) cerrábamos algún cajón de las cómodas y nos mirábamos con tristeza.

—No está aquí.

Y era una cosa más de todo lo que habíamos perdido al otro lado de la casa.

Pero también tuvimos ventajas. La limpieza se simplificó tanto que aun levantándose tardísimo, a las nueve y media por ejemplo, no daban las once y ya estábamos de brazos cruzados. Irene se acostumbró a ir conmigo a la cocina y ayudarme a preparar el almuerzo. Lo pensamos bien, y se decidió esto: mientras yo preparaba el almuerzo, Irene cocinaría platos para comer fríos de noche. Nos alegramos porque resulta molesto tener que abandonar los dormitorios al atardecer y ponerse a cocinar. Ahora nos bastaba con la mesa en el dormitorio de Irene y las fuentes de comida fiambre.

Irene estaba contenta porque le quedaba más tiempo para tejer. Yo andaba un poco perdido a causa de los libros, pero por no afligir a mi hermana me puse a revisar la colección de estampillas de papá, y eso me sirvió para matar el tiempo. Nos divertíamos mucho, cada uno en sus cosas, casi siempre reunidos en el dormitorio de Irene que era más cómodo. A veces Irene decía:

—Fijate este punto que se me ha ocurrido. ¿No da un dibujo de trébol?

Un rato después era yo el que le ponía ante los ojos un cuadrito de papel para que viese el mérito de algún sello de Eupen y Malmédy. Estábamos bien, y poco a poco empezábamos a no pensar. Se puede vivir sin pensar.

(Cuando Irene soñaba en alta voz yo me desvelaba en seguida. Nunca pude habituarme a esa voz de estatua o papagayo, voz que viene de los sueños y no de la garganta. Irene decía que mis sueños consistían en grandes sacudones que a veces hacían caer el cobertor. Nuestros dormitorios tenían el living de por medio, pero de noche se escuchaba cualquier cosa en la casa. Nos oíamos respirar, toser, presentíamos el ademán que conduce a la llave del velador, los mutuos y frecuentes insomnios.

Aparte de eso todo estaba callado en la casa. De día eran los rumores domésticos, el roce metálico de las agujas de tejer, un crujido al pasar las hojas del álbum filatélico. La puerta de roble,

creo haberlo dicho, era maciza. En la cocina y el baño, que quedaban tocando la parte tomada, nos poníamos a hablar en voz más alta o Irene cantaba canciones de cuna. En una cocina hay demasiado ruido de loza y vidrios para que otros sonidos irrumpieran en ella. Muy pocas veces permitíamos allí el silencio, pero cuando tornábamos a los dormitorios y al living, entonces la casa se ponía callada y a media luz, hasta pisábamos más despacio para no molestarnos. Yo creo que era por eso que de noche, cuando Irene empezaba a soñar en alta voz, me desvelaba en seguida.)

Es casi repetir lo mismo salvo las consecuencias. De noche siento sed, y antes de acostarnos le dije a Irene que iba hasta la cocina a servirme un vaso de agua. Desde la puerta del dormitorio (ella tejía) oí ruido en la cocina; tal vez en la cocina o tal vez en el baño porque el codo del pasillo apagaba el sonido. A Irene le llamó la atención mi brusca manera de detenerme, y vino a mi lado sin decir palabra. Nos quedamos escuchando los ruidos, notando claramente que eran de este lado de la puerta de roble, en la cocina y el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo casi al lado nuestro.

No nos miramos siquiera. Apreté el brazo de Irene y la hice correr conmigo hasta la puerta cancel, sin volvernos hacia atrás. Los ruidos se oían más fuertes pero siempre sordos, a espaldas nuestras. Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán. Ahora no se oía nada.

—Han tomado esta parte —dijo Irene. El tejido le colgaba de las manos y las hebras iban hasta la cancel y se perdían debajo. Cuando vio que los ovillos habían quedado del otro lado, soltó el tejido sin mirarlo.

—¿Tuviste tiempo de traer alguna cosa? —le pregunté inútilmente.

—No, nada.

Estábamos con lo puesto. Me acordé de los quince mil pesos en el armario de mi dormitorio. Ya era tarde ahora.

Como me quedaba el reloj pulsera, vi que eran las once de la noche. Rodeé con mi brazo la cintura de Irene (yo creo que ella estaba llorando) y salimos así a la calle. Antes de alejarnos tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla. No fuese que a algún pobre diablo se le ocurriera robar y se metiera en la casa, a esa hora y con la casa tomada.